

Precios: una evolución razonable aunque con luces amarillas

Jorge Schvarzer

Javier Papa

Octubre de 2004

El índice de precios al consumidor arroja una tasa anual de crecimiento del 5,3% entre agosto de 2003 y agosto de 2004. Esta cifra es notablemente baja y refleja un éxito de la política económica que no puede desdeñarse después del colapso de la convertibilidad y del ajuste obligado (y por momentos caótico) que le siguió. Las expectativas de una aceleración de la inflación luego de diciembre de 2001 quedaron desmentidas desde mediados del 2002, cuando se paró el alza del tipo de cambio nominal y los precios convergieron rápidamente a cifras mensuales de alza de décimas del 1%.

Esta evolución de los precios implica que el sistema ha podido absorber de manera razonable la emisión monetaria generada en el período (incluyendo aquella que se destinó a reemplazar las quasi monedas que distorsionaban las cuentas). Este resultado permite, además, desmentir las afirmaciones de los voceros de la convertibilidad que insistían en la necesidad de “anclar” la emisión como única manera de contener la espiral inflacionaria. En los hechos, el país ha recuperado la capacidad de hacer política monetaria sin que ello afecte significativamente a la estabilidad de precios. Las cifras de alza de los precios son aún más interesante cuando se tiene en cuenta que en los países desarrollados la inflación oscila entre el 3% y 4% anual (valores que ya son considerados, prácticamente, como “normales”), de modo que ahora los valores locales no se alejan demasiado de ellas.

Es bien conocido que la inflación no puede relacionarse solamente con la emisión monetaria. Hay factores de demanda y hay focos autónomos de aumentos de precios que se pueden trasladar al resto del sistema de manera prácticamente independiente de la calidad y bondades de la política monetaria. La experiencia inflacionaria de la Argentina ofrece una gran cantidad de casos en que ocurrieron esos fenómenos y que permiten lanzar algunas señales de advertencia sobre el proceso actual.



**Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Económicas**



Av. Córdoba 2122 (C 1120 AAQ) Ciudad de Buenos Aires
Tel./Fax: 54-11-4370-6130 – E-mail: cespa@econ.uba.ar
<http://www.econ.uba.ar/cespa.htm>

Parece correcto afirmar, en primer lugar, que la contención de precios se debe, en parte, a la recesión local y la caída de ingresos, que frena la demanda. Este fenómeno ocurrió en la totalidad de los mercados a partir del colapso de la convertibilidad, pero resulta evidente que la reactivación del consumo de los sectores medios y medio altos observada en los últimos meses (ya sea por mejora de sus ingresos o porque desapareció la generalizada aprensión a consumir que se notó a partir de comienzos de 2002) dio lugar a una cierta aceleración de los precios de bienes y servicios que se les ofrece en el mercado local. Esa tendencia se nota claramente en ciertos rubros del índice de precios al consumidor (IPC) como “comidas fuera del hogar”, que trepó a un ritmo de 11,8% anual en el mismo período considerado, “turismo”, que subió 11%, y otros “muebles y accesorios decorativos”, por ejemplo, avanzó a una tasa de 12,7% anual y se pueden detectar otros casos no diferenciados en el IPC como entradas a cine y teatros, etc.). Estos valores, que están ya en los dos dígitos de inflación anual, superan por mucho al nivel registrado por el IPC (al mismo tiempo que tienden a elevar su ritmo por su influencia en la canasta); tales indicios preliminares sugieren que se está consolidando una presión al alza alentada por la demanda de bienes y servicios para ingresos altos que puede influir en un aceleramiento del IPC en el futuro próximo. Parece obvio que esa evolución debería ser tenida en cuenta en la estrategia de política económica.

Otro factor que incidirá en el IPC en el futuro próximo es el alza anunciada de las tarifas de los servicios públicos, que se encuentra retrasada y en medio de expectativas de ajustes más o menos inminentes. Sin embargo, todo indica que la incidencia de esos potenciales aumentos no sería muy grande en términos estadísticos, aunque sus efectos son sentidos de manera muy intensa por los afectados. Un cálculo simple sobre la composición del IPC permite afirmar que un 10% de aumento de todas las tarifas de servicios públicos tendría un impacto de 1,3% por una sola vez en el índice; es decir que una serie de aumentos graduales más o menos separados en el tiempo no debería tener un efecto mayor sobre el IPC, aunque sí lo tendrá en la sensación “térmica” de la sociedad. Para decirlo de otra manera, un aumento del 10% de todas las tarifas (y conviene remarcar que se habla de “todas”) en el curso de los últimos doce meses hubiera subido el índice del 5,3% registrado al 6,6% anual.

Naturalmente, el ejemplo del 10% es sólo eso, un ejemplo, puesto que no hay estudios claros sobre el quantum de aumento de esas tarifas y, mucho menos, sobre cual sería el efecto en las tarifas a los consumidores hogareños (que son sólo una parte de la demanda de las empresas de servicios públicos y que pueden recibir aumentos diferenciales, como ya está ocurriendo en el caso de los servicios eléctricos). En todo caso, aumentos mayores al 10% generarían incrementos proporcionales a los valores ya mencionados en el costo de la vida.

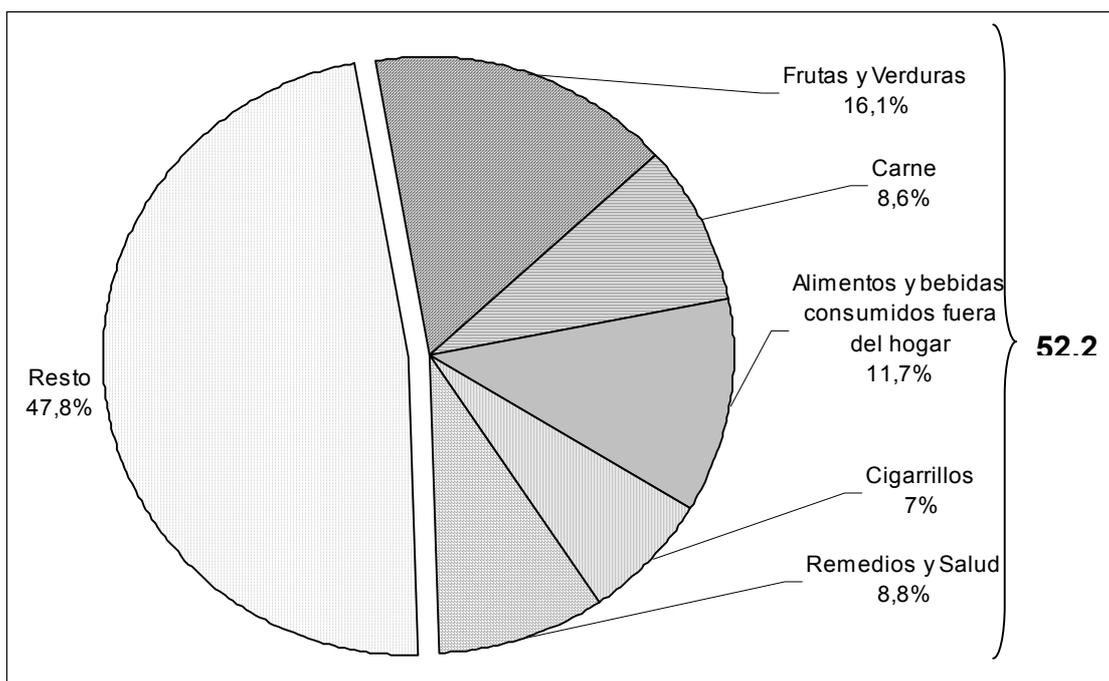
La posible influencia de los ajustes tarifarios explica que las previsiones de inflación para este año oscilaran en torno al 7%, esa magnitud parecía ofrecer un ritmo “normal” en medio de las presiones derivadas de los ajustes de precios relativos, entre los que se cuentan las tarifas pero no sólo ellas.

Además de los efectos generados por la aceptación de los sectores medios de precios más elevados en algunos rubros y de la presión potencial del aumento de las tarifas, hay otra variable que comienza a aparecer como elemento más o menos preocupante en el IPC. En especial, se registran algunos aumentos de

precios en el rubro de alimentos frescos que no pueden adjudicarse a aumento de la demanda, ni a la recuperación de presuntos atrasos, (y mas bien se refieren a estrategias de fijación de precios por parte de la oferta) pero que pueden tener un fuerte impacto en la evolución del IPC. Las “verduras”, en particular, registran ya una tendencia de alza anual de 32,7% en agosto, generada en especial por intensos aumentos en el último mes (12,2% en agosto respecto a julio). La tasa anual, por su propia construcción, tiende a neutralizar el efecto de las variaciones debido a causas estacionales (puesto que se compara agosto de un año con agosto del año anterior), de modo que no puede aceptarse sin mayor análisis ese argumento como explicación, aunque sea difundido por algunos comentaristas de la coyuntura.

Las “frutas”, por su parte, exhiben un alza de 11,6% anual y son uno de los pocos rubros (aparte de los ya mencionados más arriba) con tasas anuales de dos dígitos. Los otros dos con magnitud semejante son cigarrillos, que registra un alza de 25,4% debido a los aumentos decididos recientemente por las empresas fabricantes (que se multiplican por el impacto de los impuestos especiales sobre ellos) y bebidas alcohólicas, que registra un aumento de 26,8%.

Gráfico 1. Impacto del aumento de algunos rubros en el aumento del IPC en el período agosto 2003 – agosto 2004.



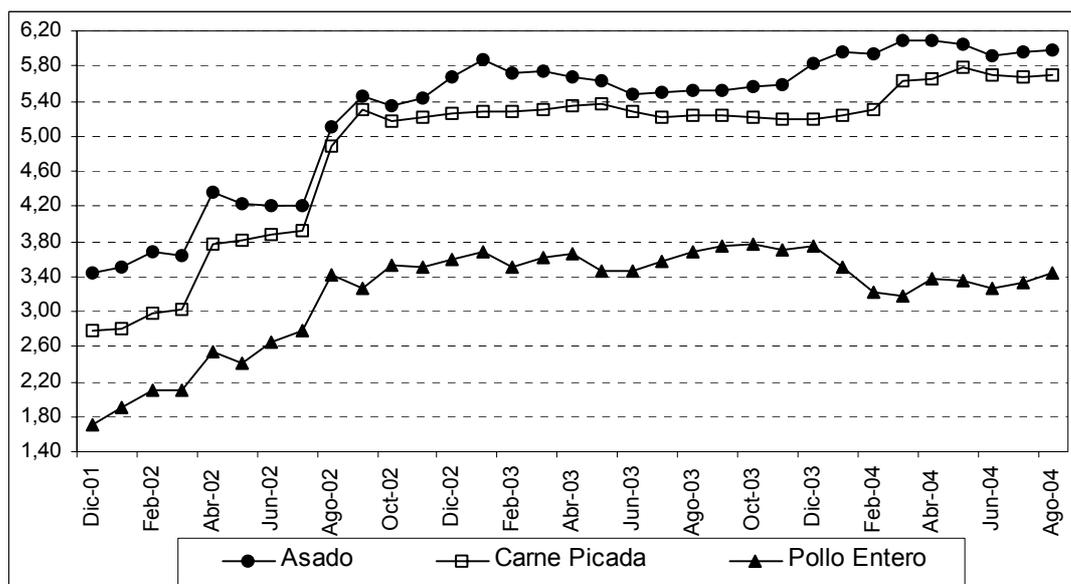
Fuente: INDEC

Estos incrementos son muy significativos por su magnitud, por el período en el que ocurren (en el que no hubo modificaciones del tipo de cambio ni alzas de precios de insumos generalizados) y, naturalmente, por su impacto en la canasta de bienes y servicios de consumo popular. La variación en frutas y verduras explica, por sí sola, una sexta parte del aumento anual del IPC; o sea, en otras palabras, que éste hubiera subido a un ritmo menor a 4,5% si no fuera por esos dos rubros. Estas cifras contribuyen a comprender la sensación de

desasosiego que manifiestan muchas amas de casa luego de hacer las compras, pese a las referencias globales del IPC.

El Gráfico 1 señala el impacto de cinco rubros en el aumento del IPC para el periodo agosto 2003-agosto 2004, entre los que se incluyen, por supuesto, frutas y verduras. Esos cinco rubros representan el 27,7% de la canasta del IPC pero han influido en explicar el 52,2% del aumento experimentado en el período anual terminado en agosto de 2004.

Gráfico 2. Evolución de los precios por kilo del asado y la carne picada (en \$ por Kg.) Diciembre 2001 – Agosto 2004



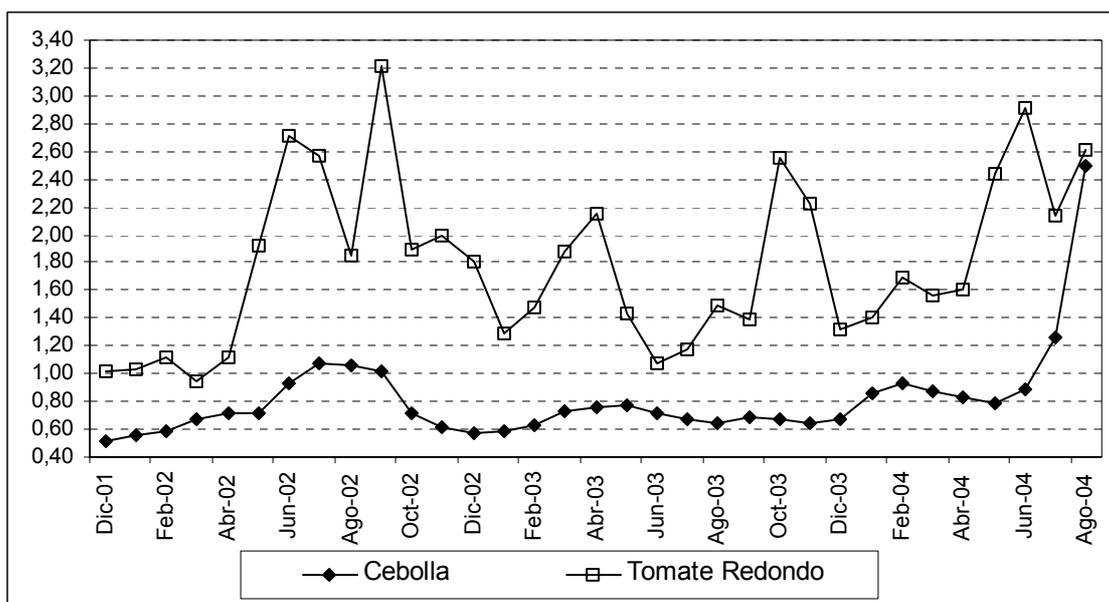
Fuente: INDEC

De los cinco rubros mencionados, los más significativos en el consumo de los sectores populares son los de frutas, verduras y carne; todos ellos son bienes primarios, con mercados especiales, variaciones estacionales de la oferta y una historia de intensas fluctuaciones de sus precios relativos en los períodos de elevada inflación. Los datos de este último año indican que los precios de esos bienes pueden estar retomando movimientos alcistas, de difícil explicación en función de la lógica tradicional de los mercados, que pueden afectar la relativa estabilidad de precios que se ha logrado.

La carne ofrece el caso más curioso. Sus precios promedio al consumidor treparon 5,2% en el período anual terminado en agosto, o sea, a un ritmo muy semejante al del IPC. Además, ese aumento es muy similar al registrado en el Mercados de hacienda de Liniers (aunque la comparación no puede efectuarse de modo directo porque allí se cotiza el kilo vivo, antes de ser cortado para el consumo). Los distintos cortes de carne que se ofrecen en las carnicerías presentan aumentos diferenciales y una amplia dispersión de precios que se debe tanto a las estrategias comerciales de los diferentes agentes como a la calidad de cada producto específico, de modo que el aumento promedio mencionado más arriba no siempre se asemeja a la percepción del consumidor sobre el valor de sus compras. Basta señalar, por ejemplo, que de acuerdo a los datos del IPC, el kilo de asado valía 25% más que el kilo de carne picada en diciembre de 2001 (último mes de la convertibilidad) pero sólo 5% más en

agosto de 2004; la explicación, naturalmente, consiste en que los precios de esa variante de carne crecieron más que los del asado, pero el hecho es que ello produjo una modificación de los precios relativos promedio (que son los registrados y publicados por el INDEC). El Gráfico 2 presenta la tendencia de los precios de ambos cortes, además del Pollo, desde diciembre de 2001 en pesos por kilo para verificar estos comentarios¹. El Pollo entero presenta una notable estabilidad de precios desde mediados de 2002 hasta comienzos de 2004, pero cae luego en contraposición a lo que ocurre con la carne vacuna.

Gráfico 3. Evolución de los precios por kilo de la cebolla y el tomate redondo (en \$ por Kg.) Diciembre 2001 – Agosto 2004



Fuente: INDEC

Mucho más significativa es la variación de los precios de algunas verduras y frutas que no son fáciles de explicar directamente en función de costos internos, estacionalidad de la producción o evolución de la cosecha. Uno de los más curiosos es el de los precios de la cebolla y el tomate redondo, que se exhiben en el Gráfico 3. En él se ve que la cebolla emprendió una firme marcha alcista a partir de enero de 2002 hasta duplicar su precio por kilo a mediados de ese año; luego cayó a valores semejantes a los del inicio de esta serie a fines de 2002 aunque en 2003 volvió a mostrar una tendencia clara al alza que se convirtió en un salto muy brusco en julio y agosto de este año. En estos últimos dos meses triplicó su precio promedio y más que duplicó el más alto que había registrado en todo el período posterior a la convertibilidad.

El tomate redondo (que es la variedad registrada por el INDEC) exhibe una tendencia igualmente alcista pero en medio de oscilaciones muy bruscas que no tienen explicación simple. El tomate pasa de apenas poco más de un peso

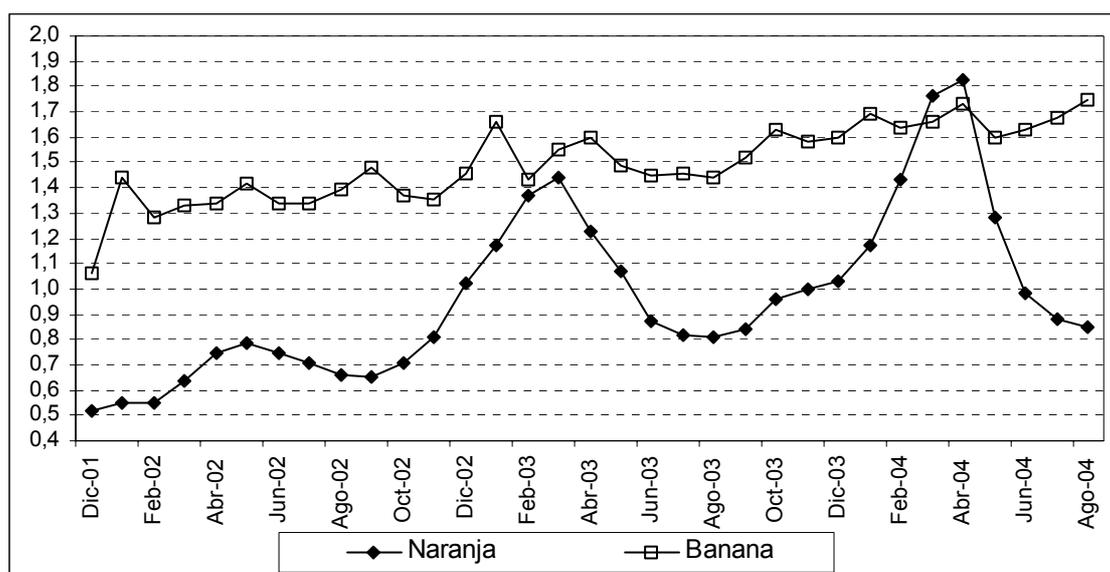
¹ En la Nota Técnica nº 5 del CESP, “Los precios en los supermercados en 2002. Estrategias empresarias y fenómenos de mercado” (febrero de 2003) mostramos que los distintos supermercados tienen estrategias diferentes de marcación de precios y de cambio de los mismos, que inciden tanto en los promedios (que es el registro que toma el INDEC) como en las percepciones de los consumidores.

en diciembre de 2001 a más de 3 pesos en setiembre de 2002, vuelve a caer luego hasta \$1,08 en junio de 2003; desde entonces, una nueva onda de alza lo lleva a 2,91\$ en junio de 2004 y a 2,61\$ en el último mes para el que se dispone de datos.

Esta evolución, que incide fuertemente en el alza de verduras puede alcanzar niveles de riesgo para la estabilidad de los precios si sigue con un impulso semejante. En todo caso, ese fenómeno ocurrió luego del plan de estabilidad de junio de 1985, conocido como Plan Austral, que fracasó, entre otras cosas, por el alza desmedida de productos frescos como el tomate, la papa y la carne, con gran incidencia en el costo de la vida y, sobre todo, en la percepción de precios por parte del consumidor².

La evolución de los precios de la banana y la naranja, que se exhiben en el Gráfico 4 ofrecen otra cara de esos fenómenos. La naranja, que es una fruta con gran oferta local, distribuida en buena parte del territorio argentino, presenta enormes oscilaciones de sus precios a lo largo del período, aunque en una tendencia de carácter ascendente; mientras tanto, el precio de la banana subió poco más de 50% a pesar de tratarse de un bien importado (que debería haber seguido las tendencias del tipo de cambio).

Gráfico 4. Evolución de los precios por kilo de la naranja y la banana (en \$ por Kg.) Diciembre 2001 – Agosto 2004



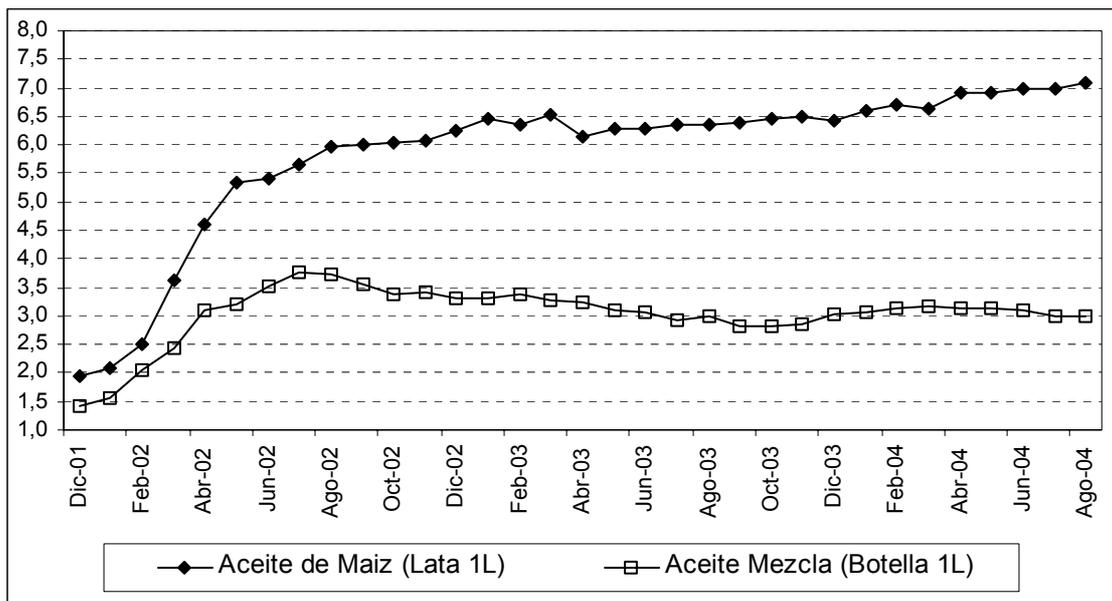
Fuente: INDEC

Para terminar esta revisión de los precios conviene mostrar dos series que se refieren a otros ámbitos del IPC. La primera es la evolución de los precios del aceite mezcla y del aceite de maíz que se muestra en el Gráfico 5. El aceite mezcla contiene insumos que se exportan (sobre todo, el de soja) y que han seguido la evolución combinada de los precios internacionales y del tipo de cambio local, mientras que el aceite de maíz es un subproducto menor de ese grano con un mercado local relativamente pequeño. El primero exhibe un alza muy fuerte de los precios en la primera etapa posterior a la convertibilidad con

² Ver el análisis de ese fenómeno en Jorge Schvarzer y Ricardo Aronskind, "Alimentos, mercado e inflación", *El Bimestre del CISEA*, n° 39, Buenos Aires, tercer trimestre de 1988.

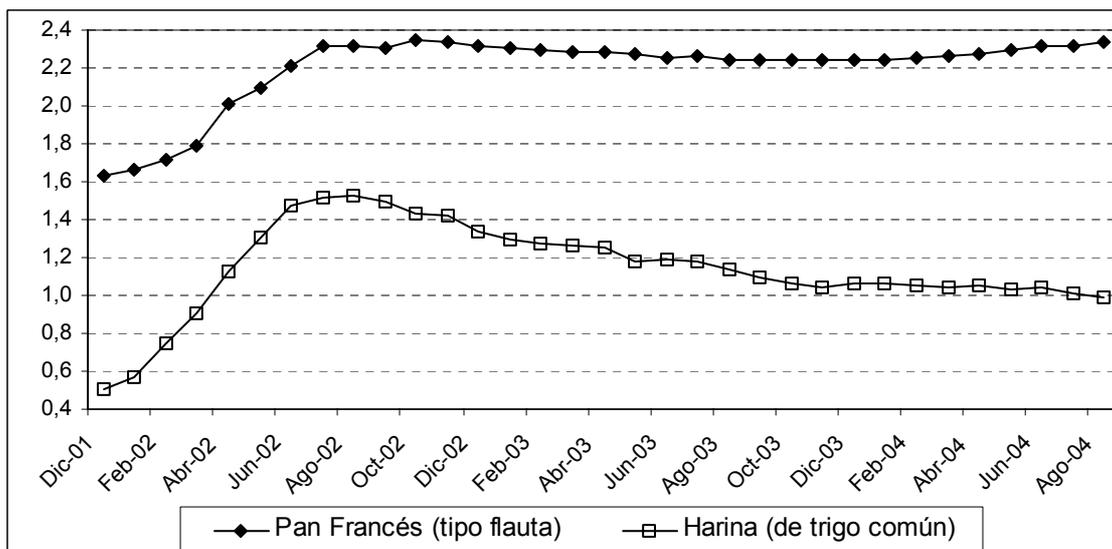
una leve tendencia hacia un nivel más bajo en el último año (acorde con el efecto de las retenciones y la evolución de los precios internacionales) mientras que el segundo trepa rápidamente al comienzo de ese período, mucho más que la devaluación y sigue, luego, con impulso al alza. Es decir que, además de los efectos diferenciales sobre la inflación, se está produciendo una modificación de precios relativos puesto que la lata de un litro de aceite de maíz valía casi un 40% más que el litro de mezcla en diciembre de 2001 y ahora está casi un 140% por encima.

Gráfico 5. Evolución de los precios del aceite mezcla y del aceite de maíz (en \$ por Litro) Diciembre 2001 – Agosto 2004



Fuente: INDEC

Gráfico 6. Evolución de los precios por kilo de la harina y el pan francés, (en \$ por Kg.) Diciembre 2001 – Agosto 2004



Fuente. INDEC

El último ejemplo de la evolución diferencial de los precios se presenta en el Gráfico 6 donde se siguen los valores de la harina y el pan francés. Se ve inmediatamente que la harina saltó de 0,50 pesos a 1,50 pesos en pocos meses, acorde con la devaluación de nuestra moneda, para volver a dirigirse hacia un escalón más bajo, en torno a un peso, en el período siguiente. En cambio, el pan, cuyo principal componente es la harina, aumentó 50% en el curso del año 2002 y mantuvo luego su precio en medio de variaciones menores (que en el año que finaliza en agosto de 2004 no representan más de 5% en coincidencia razonable con la evolución del IPC).

En definitiva, la evolución de los precios es razonable, luego de la catástrofe provocada por el colapso de la convertibilidad, pero se notan algunos focos puntuales de aumentos (como ciertas frutas y verduras) que pueden requerir una política de seguimiento y control de sus respectivos mercados antes de que proyecten sus efectos sobre el conjunto. La advertencia puede ser ociosa si eso no ocurre pero no se debe olvidar que “un pequeño fósforo puede llegar a incendiar toda una pradera”.

El CESPA (Centro de Estudios de la Situación y Perspectivas de la Argentina) fue creado en 2001 por el Rector de la Universidad de Buenos Aires, como parte integrante del Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Ciencias Económicas. Su propósito consiste en realizar estudios e investigaciones sobre la economía argentina, con el objeto de contribuir al conocimiento de su situación real y sus perspectivas de mediano plazo. Su director es Jorge Schvarzer, uno de los autores de este trabajo.